

LADISLAO GRYCH

EL PODER DE LA PALABRA ⁽⁶⁵⁾

Sigo con las Vivencias que surgen del Evangelio.
Varias veces he intentado no seguir más con mis escritos; me pareció que iba llegando a las vivencias como alcanzando un puerto para detenerme. En fin, aún deseo seguir reflexionando en el camino de los discípulos de Jesús, desde sus principios; es tanto por mí como por los hermanos que lean esos ensayos.

PREFACIO

La Palabra es fundamental en el Proyecto del Señor.

Si la Vida viene desde Él, la Palabra es como la Semilla que contiene Vida; creo que no hay distancia entre la Palabra y la Vida; y si la hay, es porque el mundo la hace.

Alguna vez, la Palabra podría resonar en el corazón como despertando una Vida ya sembrada; otras veces, es como un sonido de lejos; casi no la escuchamos o no queremos darle importancia; no obstante, la voz llega y está por encima del hombre y del mundo.

En fin, nace la inquietud para unir la Palabra del Señor con la que brota en el corazón que la pronuncia, aún en medio de la eterna búsqueda para estar unidos al Señor; si hablamos de ser uno con Jesús, esa Vivencia de estar en la frecuencia con Él, es más que el deseo; es que estamos cada vez más cerca de lo que nos espera.

Colonia Barón, 25 de abril de 1997

1. LA PALABRA SE HA HECHO CARNE

a. SU ENTRADA PROFUNDA

La Obra de Jesús aún tiene que ver con su entrada cada vez más profunda; si es que su Nacimiento ya tiene importancia, pues así llega al mundo, luego es como si estuviese entrando cada vez más; es como si aún descendiese en medio de la oscuridad y llega hasta los infiernos; finalmente, al vencer la oscuridad, su Vida se encamina a la Ascensión.

El proceso del descenso es evidente en la Vida de Jesús. Habría que detenerse para poder verlo; es el camino como de ir bajando conscientemente, para que luego, la Vida resurja con mucha fuerza y mucha luz.

Jesús llega a los infiernos del mundo y desde allí, inicia el camino del retorno; es como descender a la oscuridad más profunda, para desencadenar una gran fuerza que nos llevaría a elevarnos hasta por encima de lo que vivimos, llevando la vida a las alturas.

La Vida de Jesús que se inicia en medio de un Corazón puro; aún nos preguntamos: ¿por qué Jesús necesita de su Madre tan pura como nadie en el mundo?; a la vez, defendemos la vivencia del Corazón que se hace una Casa y una Vida, para que crezca Jesús; aún tenemos en cuenta el camino de las transformaciones; por alguna razón, Jesús necesita de esa experiencia de la Vida en el mundo; y si su Corazón nace en medio de un Corazón puro, creo que tiene más fuerza para llevar lo sagrado; pues Él es que lleva el Fuego Sagrado a la profundidad del mundo, y el Fuego no puede apagarse en el camino.

Quien desea prender el fuego, intenta lograrlo en la parte muy honda; de este modo, el fuego se eleva, mientras toma

los leños, aún abrazándolos y transformándolos.

Si nos cuesta prenderlo, comúnmente, usamos leños secos, pequeños, aún ayudamos con los materiales que prenden más fácil; a la vez, defendemos el fuego contra el viento y el frío, hasta que se afiance.

Entonces, ¿cómo entendemos la Vida de Jesús en la Vida de María?; y Jesús aún necesita de esa protección, hasta que se afiance en el mundo; no obstante, ¿cómo ver el Proyecto del Señor, cuando nuestra visión es tan limitada, al caminar por esta tierra?

Por alguna razón, Jesús necesita de su Madre en el tiempo de su Vida, por su aspecto tan humano y tierno; y Ella está a un costado y tan cerca a la vez; es una Misión para aquellos que la meditan y la intuyen, pues en esta Unión, el Corazón de Jesús se alimenta en este mundo.

Él es el Fuego Sagrado que va descendiendo en las vidas del mundo, en los leños verdes; su Vida va a ir descendiendo hasta el fin, hasta que llegue a lo más profundo del mundo, a los abismos y desde allí, inicie un nuevo Camino.

Ese Fuego va a enfrentar a la vida del mundo hasta el fin, y hasta que sea necesario.

Lo importante es que el Fuego no se apague jamás, por más que faltasen leños o fuesen verdes, húmedos, y que el viento fuese fuerte, casi ahogándolos; que el Fuego no se apague jamás en el mundo, ni en toda la historia.

La historia podrá decir muchas cosas y juzgar como quiera, pero creo que ya tiene la noción que Jesús no se ha apagado jamás, salvándose en noches oscuras, largas y frías, mientras el hombre duerme y no sabe el día de la mañana.

A lo mejor, al día siguiente, el hombre agrega algún leño y se inquieta por el Fuego; otras veces, se olvida, está en otra

cosa, sin embargo, en medio de las circunstancias, el Fuego sigue prendido en el mundo.

Esperemos que algún día, el Fuego tenga más fuerza aún.
Si nos parece que apenas se sostiene por debajo de los leños, igual, está presente, da calor, sigue animándose.
Esperemos que el mundo esté en llamas, mientras todo sigue preparándose para que el Fuego resurja con mucha Vida.
Creo que es ese tiempo que estamos por vivir.

La Ofrenda de Jesús en el mundo, nos permite ver la misión cada vez más clara, hasta que la sintamos en nuestra vida y en la del mundo.

Su Ofrenda pasa por muchos corazones que asumen el Fuego de Jesús en la profundidad de sus espíritus, hasta que la vida prenda definitivamente.

Entonces, podrá arder, quizás para siempre.

b. HABLANDO EN EL DESIERTO

¿Cómo Jesús desciende a lo más hondo del corazón, hasta el espíritu?; ¿hay un camino abierto o es que Él deba hacerlo, y vencer las adversidades, las distancias, el tiempo?

¿Cómo Jesús desciende a mi corazón tan pobre y, a la vez, tan grande si el Señor está?

Los profetas hablan del grito en los desiertos.

De allí, el Señor sabe hablar para que lo oigan los que aún quieren escucharlo; una vez más, el Señor los despierta; pero la voz parece muy lejos, como si fuese pronunciada en otro tiempo.

¿Por qué la vida se va lejos del Señor y Él parece extraño, quien apenas llega y su voz es tan desconocida?

Pero llega la hora, para oír la voz.

En otro tiempo, el hombre no le hubiese dado importancia;
no es que no la escuchase; no le hubiese dado ningún valor.

Quizás, estoy en alguna cosa, y el Señor no me interesa.
Aún puedo luchar por mi cuenta, por mi proyecto; sigo hasta
que mi vida se trastorne aún más.
En fin, quien está en peligro de ahogarse, empieza a luchar.
Y si está lejos, ¿quién lo escucharía, si hasta el Señor parece
estar muy lejos?

Mi vida lleva señales de sentirse perdida y extraña.
No la comprendo, nadie me comprende.
Aún sigo transitando, ¿hacia dónde?
Si veo un camino oscuro, es porque me llega un poco de luz.
¿Qué pasará cuando ya no tenga esa luz, y todo sea una plena
oscuridad?
Sin embargo, es la hora del Señor; todavía, puedo escuchar
su Voz, en plena oscuridad; y la Voz viene como de lejos.

La sensación de la Voz que me viene, por lo menos, me da la
seguridad de que no estoy solo; hay Alguien que me habla.
Si no me hablase, ¿qué pasaría con mi vida que no sabe dar
ni siquiera un paso?; todo está tan oscuro, y no veo nada.
La Voz viene de lejos, aún es confiable; no es la que quisiera
asustarme, por más que pareciese que sí.

¡Es escuchar una Voz tan fuerte, que me levanta en esta hora
difícil, cuando no sé escuchar y nadie otro me habla!
¡Qué importante es escuchar una Voz tan distinta!
Mientras la Voz llega, aún me esfuerzo para oírla.

En esa crisis que asusta, resurge cierta predisposición para ir
escuchando la Voz que llega, como ir volviendo a Alguien,
Quien había sido conocido.
Esa Voz es muy extraña, como si alguna vez, la hubiésemos

escuchado; hay rasgos de atracción,
Entonces, busco el hilo que nos une a ella; y no es una Voz
extraña del todo.

¿De dónde viene, quién me habla?
La Voz viene de lejos; apenas la escucho.
Y si la vida está asustada, si la oscuridad me trastorna...
La Voz me viene; no comprendo lo que escucho.
Pero sé que me animo, me despierto.
Intento levantarme y aún sigo tirado en el suelo.
La Voz anuncia un nuevo día.

La gente venía a ver a Juan, le preguntaba qué hacer.
Estaba convencida de que el Señor le reclamaba lo justo; y
Juan sabía decírselos oportunamente.
Fue aquel tiempo, cuando comenzaba a responder al Señor;
recién entonces.

c. HACIA EL CORAZÓN

El Señor desciende al corazón del hombre que comienza a
escucharlo; es cuando aún hay distancias, y los caminos rotos
sólo perturban e imposibilitan el encuentro.
El diálogo surge como si fuese entre los desconocidos; luego
del olvido y de no dar importancia al Señor, el encuentro no
nace fácil, el diálogo se corta, casi no hay palabras.

San Juan el Evangelista, al hablar del encuentro con Jesús,
va a decir que Él vino a los suyos y no fue reconocido.
Si es que lo vieron y lo escucharon, aún no le respondieron;
así es nuestra vida, cuando se aleja del Señor, y se tuerce.

Hay que prestar mucha atención a esa clase de cambios, para
verlos como son y cómo la vida se trastorna, mientras está
lejos del Señor.

De repente, la vida se queda como en un pozo, y apenas ve una pequeña luz que le llega de algún lugar, de lejos, como por encima de sus posibilidades; y esa realidad aún podría tocarnos.

Es un tema para compartir; a la vez, aún buscar la luz frente a las vidas que se habían ido; pues, si hay que procurar a que vuelvan, hay que esperar su tiempo, ver el camino que deben hacer, el dolor que les toca, por más que la gracia les llegase de los Cielos, como un manantial que golpea de las alturas y casi rompe el cauce de algún río; es que si bien, el Señor es fuerte, respeta el tiempo, la libertad y el conflicto.

Jesús habló con claridad, de la oveja perdida que había que buscarla, curarla y traerla al Rebaño.

Habló de la Semilla que caía en tierra dura y hostil, llena de vidas no deseadas que no se desprendían fácilmente.

Tuvo en cuenta ese camino que había que pasar y que no fue fácil, mientras Él era el Hijo de Dios y tenía todo el poder de los Cielos en el mundo.

¡Qué misterio es el hombre, mientras camina por esta tierra!

¿Qué es escuchar la Voz?

Quizás, la Voz es un grito, pero alguien no sabe reaccionar frente a lo que le llega de afuera, y la vida se encierra en lo suyo y casi pierde la conciencia de lo que es.

A veces, la Voz es como un trueno que asusta, pero despierta a la vez, y entra un nuevo aire.

Aquella Voz en el desierto, es la imagen del Grito en medio de las vivencias, porque la vida se queda como un desierto. La Voz sopla, despertándonos, en medio de la muerte; y si la muerte la presiente, se asusta tanto que no quiere escucharla; entonces, la Voz es un grito, tan sólo un grito.

El grito puede despertar reacciones; es para dar importancia en medio de una realidad muy dura; es el golpe de la gracia contra una piedra o una vida casi muerta.

Entonces, si está muerta, la vida resucita en los abismos de su ser; y el grito es la gracia que la salva; es el Señor quien salva.

Y la vida casi muerta y destrozada, es como si aún viviese un terremoto; de repente, se ve sacudida de un modo molesto, como forzada por alguien que quiere salvarla.

Entonces, el Señor entra casi de un modo violento; pues, si no lo hace, la vida se muere; ya ni siquiera tiene fuerza para poder reclamar al Señor.

Creo que hay que hablar de esta clase de entradas.

No es que el Señor sea violento, sino más bien, es Él desde siempre; no obstante, la vida lo percibe según su capacidad y su propia destrucción.

A veces, cuando se caen las paredes, no sabemos de dónde viene la fuerza que nos destroza; entonces, podemos pensar en cualquier cosa; y hasta al Señor lo vemos como podemos verlo, y no como es de veras.

d. LLEGA Y TRANSFORMA

Hay un misterio en la palabra y más aún, si tiene la fuerza de la Vida; si cada palabra contiene cierta fuerza, aún con más razón, la guarda la Palabra del Señor; la reconocemos por la fuerza y la vemos por los frutos.

Si es que llega, a la vez, encuentra la respuesta que surge por sí misma; y vemos de qué manera llega la Palabra.

El hombre no siempre tiene la noción de su fuerza, ni hasta dónde penetra en su interior; sin embargo, con el tiempo, se dará cuenta de la misma, mientras le responde.

Basta ver las propagandas que vemos, leemos y oímos, aún por esa realidad a la que no damos importancia; pues, con el tiempo, renace en nosotros, una fuerza que nos promueve; ¿de dónde viene, y cómo nos moviliza?
¿Y si analizamos la conducta de los chicos y de los jóvenes?; se habla mucho de la fuerza de la palabra y de la imagen.

Frente al mundo lleno de palabras, está la Palabra de Jesús. Si no se pierde ninguna de sus Palabras, siguen flotando las de siempre, las que Él había pronunciado; y éstas, retomadas en el tiempo, van llegando a las costas del corazón humano; a lo mejor, algún día, lleguen a la profundidad de las vidas.

Frente a tantas voces, la de Jesús no se puede perder; y debe ser retomada por los vientos y los hombres, para llegar más aún; es que, sin ella, ¿qué sería del mundo?
La Voz está en el aire y en el agua; jamás se pierde; pero una vez, los hombres no la escuchan y otras veces, le prestan atención.

Es una Voz clara, mientras los hombres la confunden con las voces que encuentran en el camino.
Cuando llega la hora, la Voz queda esclarecida, y hasta los más confundidos la reconocen, la buscan, la necesitan.

La Voz sigue llegando.
Es como una lluvia lenta que penetra la tierra, y por donde llega, la vida se anima a vivir, a luchar; y es como un rocío que despierta.
Otras veces, podría ser esa fuerza que despierta el temblor; es que la vida lo necesita para poder reaccionar.

La Voz tiende llegar hasta el corazón del hombre; y es como si quisiese descender a los abismos.

Hasta que no descienda, la vida se queda con lo que fue; y si vemos algún cambio, tan sólo es por hoy.

La Voz sigue descendiendo, y se abre el camino para poder hundirse en nuestra vida, hasta que llegue al espíritu.

Allí, cuando llega y se queda, inicia el crecimiento en lo más profundo de nuestro ser.

La Palabra puede iniciar el camino de la transformación; es la que el Señor espera y el hombre la necesita.

La vida renace de la Palabra del Señor, que despierta su Vida en el corazón; luego, hay que seguir acompañándola.

Es una hora muy sagrada cuando la Palabra de Jesús toca el corazón; si vivimos ese tiempo de gracia, se abre una gran luz por lo que podría ser la obra del Señor en nosotros; y los que la viven, no se la olvidan jamás.

Después viene el tiempo de un nuevo enfrentamiento.

2. LA BUENA NUEVA

a. RECORRE LOS PUEBLOS

Jesús optó por predicar; pues iba recorriendo los pueblos, al anunciar la Palabra; aún decía que Él era la Palabra del Padre para sus hijos; de este modo, el Mensaje llega a los hermanos dispersos en el mundo.

Las curaciones, en algún sentido, eran frutos de la Palabra; no hay distancia entre la Palabra y las actitudes de Jesús; no se las puede separar, al contrario, renacen de ella, como su continuación y un sano crecimiento.

La Misión de los discípulos fue anunciar la Palabra de Jesús; ellos debían crecer, para que sus vidas llegasen a la misma Palabra con el Poder de los Cielos; no es tan sólo la cuestión de aprender las expresiones, sino es mucho más; pues, quien llega a la vivencia de la Palabra, comienza a comprenderla.

En la vida de los discípulos, todas las Palabras brotan de sus corazones, que son de Jesús, en el camino de la gracia. Y cuando llega su tiempo, lo que ellos viven, lo deben decir, casi no pueden guardarlo en su interior.

Si es que iban aprendiendo, más bien, fue el tiempo que ellos necesitan, cuando las Palabras de Jesús les llegan aún como hundiéndose en ellos.

No creo que todas sus Palabras tocasen sus corazones como Él lo quisiese; pero las mismas les iban llegando cada vez más, despertando la vida.

¿Cómo ver el llamado, en aquel tiempo, cuando comenzaban con Jesús?; si es que no lo comprendían del todo, hubo una fuerza que los despertaba en sus corazones, aún más allá de

la comprensión y de las decisiones que habían tomado.
Cuando uno analiza el momento de partir y de seguir a Jesús,
casi no sabe por qué lo hizo; pero está la gracia, la fuerza de
la Palabra que lo suple.

Casi no sabemos el alcance de la Palabra.
Con el tiempo, analizamos cómo ha penetrado nuestra vida y
nos quedamos sorprendidos y agradecidos, por aquel tiempo
de la ignorancia y de la comprensión tan limitada; y no es
que no nos gustase comprender la obra del Señor.
Aún, le agradecemos por la bondad de Jesús, por la grandeza
de su gracia.

El llamado es el primer anticipo de la gracia, donde el Señor
actúa más allá de la comprensión del hombre, y promueve el
corazón en las circunstancias, cuando casi no sabemos por
qué le decimos que sí y todavía agradecidos.
Si bien, algún día, Él nos hará ver mejor y decidimos más
libremente, nos quedamos agradecidos por el primer llamado
y la decisión tan espontánea, tan del Señor.

Nos queda para meditar por mucho tiempo; es que siempre,
el Señor llega más allá de nuestra comprensión.
Miramos la vida y llegamos a la piel de la tierra, mientras el
Señor está en las raíces y aún más hondamente, pues llega
con su Palabra.

Mientras medito la Palabra de Jesús que llega a mi vida, voy
descubriendo su fuerza.
Creo que la puedo ir viendo cada vez más; me doy cuenta de
cómo el Señor me prepara para que llegue a mis hermanos,
con la Palabra de Jesús, ya desde mi vida.

b. HABLA DESDE EL PADRE

Una de las expresiones muy fuertes en la enseñanza de Jesús,

fue su modo de hablar del Padre, del lazo que lo une con Él; lo expresó desde la profundidad de su Corazón. No fue tan sólo hablar, sino que fue vivirlo profundamente; pues, Jesús quiso reconstruir la vida sobre los cimientos del Señor, nuestro Padre en el cielo y en la tierra.

La vida siempre tiene algún fundamento, una vez firme, y otras veces casi no existente; y con frecuencia, la vida pierde su seguridad; entonces, apenas camina mareándose en medio del mundo que se le escapa.

Cuando uno se marea, casi no ve a donde va; y en esa vida entra Jesús, para poner el fundamento del Señor; pero, ¿qué difícil es su tarea, mientras el hombre comprende muy poco, su misión!

La visión de ir reconstruyendo la vida sobre el fundamento del Señor, no está clara en los comienzos ni es fácil.

En algunas circunstancias, la vida puede expresarse de un modo radical; en otros casos, se va entregando poco a poco, hasta que el Señor se ponga como el fundamento, la raíz de la vida; de todos modos, desde el inicio, se abre un camino para que el Señor entre cada vez más profundamente.

Las vidas desgastadas y cansadas por su forma de vivir, están más dispuestas para el cambio; éstas no pierden nada o, mejor dicho, han perdido todo; ahora, entregan lo que está enfermo y débil; hasta lo ponen ante el Señor, para que lo tome y lo gobierne; en realidad, no saben entregar su vida, pero igual la van entregando.

Creo que llevan la sensación de paz y de felicidad, cuando abandonan su campo y creen que entregan su vida al Señor; es como si se liberasen de una pesadilla.

Están felices, pero parecen sin nada, porque aún es difícil hablar de la obra del Señor; todo es una ruina, mientras Él

apenas entra.

La experiencia de entregar la vida en las manos del Señor, es importante; comúnmente, surge cuando nos damos cuenta de que la seguridad humana ya no nos sirve, pues, donde nos aferramos, viene la gran inseguridad.

Es como con las obras sociales o aún, con los aportes para la jubilación, en el mundo que da tan poca seguridad para el futuro, o apenas la da; y el hombre, que se ve cada vez más inseguro, comienza a buscar al Señor.

Hay ciertos tiempos que nos comprometen aún más, a buscar al Señor, para poner la seguridad en Él, porque es el único sostén para el hombre, a pesar de que aún, no lo sabemos comprobar como otras cosas; pero nuestro corazón sí, lo comprende.

Vamos llegando a nuestra seguridad depositada en las manos del Señor, hasta empezamos a cultivarla, aún, cuando pasa por las manos humanas que se confunden y se desesperan. Mientras hay quienes escuchan ese lenguaje hasta con cierta indiferencia, hay otros que se prenden y hallan el sentido, la fuerza del mensaje; es la hora de hablar de la seguridad que ponemos en el Señor.

Sin embargo, antes de hablar, hay que vivirlo.

Luego de buscar otras seguridades, la vida llega al Señor y se calma; al poder vivirlo, es más fácil ver; hasta hallamos el sentido para hablar, mientras la Palabra llega a los que nos escuchan; es que lleva toda la gracia del Señor, por medio de Jesús presente.

Jesús me pone a prueba para yo crezca en la confianza; pero debo esperar confiando en Él, como jamás en mi vida.

Se abre el camino que no será mío, sino del Señor; así puedo

servirle por lo que me necesita para este tiempo.
Algún día, descubriré que es mi Padre.

c. LA TRANSFORMACIÓN

Desde el principio, en la enseñanza de Jesús surge el tema de la transformación, que es mucho más que tan sólo purificar o reconciliar el corazón humano; es más bien, llevar la vida a la dimensión poco comprensible para el hombre.

La transformación nos abre hacia lo nuevo, como la muerte a la resurrección.

La purificación tiende más bien, a lo que fue la vida; es darle la nueva oportunidad de ser lo que fue, al devolverle su brillo y su primera inocencia.

Sin embargo, esa inocencia se escapa al hombre, quien parte desde una vivencia limitada, muy deteriorada; por eso, busca al Señor, lo necesita cada vez más.

La Vida se renueva mucho más profundamente; y no es sólo volver atrás, sino más bien, es ir trazando el camino.

En fin, es ir superando toda la vida, transformándola, como llevando el cambio desde la muerte hacia la Vida.

Creo que a la Misión de Jesús se la comprende mucho más, cuando la vida está muy deteriorada; ya no es sólo un tiempo para pintar la casa ni arreglar algunas cosas, mientras que la vida está por derrumbarse y por dónde pasar, todo se cae; ya no sabemos qué hacer ni por dónde empezar; en ese tiempo entra Jesús.

Y no es que antes Jesús no estuviese presente, sino es que el hombre no lo buscaba ni lo necesitaba; y si dialogaba con el Señor, fue como un diálogo cualquiera.

El hombre por su cuenta arregla su vida; pero llega el tiempo

de la crisis; entonces, deja todo, casi lo abandona y Jesús viene como un invitado, si es que lo invitamos; y Él, aún contra todas las esperanzas, cambia el agua en vino.

La Misión de Jesús es comprensible en los tiempos de crisis, como si su Vida fuese aún más apropiada para esos tiempos; pues entonces, el hombre abandona todo y, si no se resigna, lo pone en las manos del Señor.

Y Él nos sorprende; pues para ese tiempo, el Padre envía a su Hijo; ahora, Jesús viene al mundo y está reconocido.

Lo que Jesús habló de la transformación, principalmente lo dijo frente a las vidas tristes, perdidas, dándoles una nueva esperanza; ellos fueron testigos de un nuevo Proyecto; pues, lo que Jesús hizo con ellos, anticipaba lo que vendría.

La Muerte y la Resurrección de Jesús son el anticipo de la Resurrección para la Humanidad, nos llevan por el camino de las transformaciones; de ese modo, en fin, Jesús anticipa la plena Transformación del Mundo.

Aún, los hombres van a seguir descubriendo lo que es Jesús, y lo que será para el mundo y para el hombre, en el camino de la gracia que nos llega.

El cristianismo y el mundo se preparan cada día, hasta que el Señor lleve su Obra a la Plenitud.

Necesitamos crecer en la gracia; y no es sólo para ir viendo cómo obra Jesús, sino que el Señor nos hace partícipes de su Obra; en algún sentido, nos hace entrar en su Proyecto siendo sus instrumentos.

Es que su Obra pasa por los hombres que le creen.

La Obra de la Transformación sigue su Camino más allá de los hombres, aún, sin que lo vean en sus corazones; es que el Señor sigue obrando sin cesar.

Nuestro deber es hacerlo ver al mundo, mientras estamos en el tiempo de las crisis que nos desesperan; hoy, más que en otros tiempos, podemos hablar de Jesús, y que sólo Él puede transformar nuestra realidad; sin embargo, la Obra del Señor pasa por los hombres que le siguen.

d. SU VIDA

La Enseñanza de Jesús se hace comprensible en su Vida; en realidad, es la Vida que abre el Camino al Padre.

No hay modo de separar la Vida de la Enseñanza, pues sería como cortar entre el espíritu y el cuerpo.

La Enseñanza es como el Cuerpo para el Espíritu pleno, es la Gran Corriente que nace, crece y retoma su fuerza; pues se abre espaciosamente.

¿Quién podría enfrentarse con la Enseñanza de Jesús?

Es como ponerse contra la Vida; es enfrentarse con la Gran Corriente que renace en la Montaña del Señor; pues si nos ponemos contra ella, aún nos arrasa, llevándonos donde ella sigue su curso; sin embargo, hay muchos que van a luchar contra ella, y lo harán por muchos motivos.

La Enseñanza de Jesús es clara para los que reciben luz, por más encerrados que estuviesen; es el Señor que ilumina los pasos; Él mismo nos hace ver lo que debemos ver; de todos modos, por algún motivo que casi no lo comprendemos, nos enfrentamos con Jesús, buscando las fuerzas aún sin saber de dónde; si la luz que viene de Jesús es clara, la oscuridad se une y se proyecta; es muy poco comprensible lo que hace el hombre, cuando enfrenta a Jesús; sin embargo, lo hace.

La claridad viene de Jesús pleno de Luz, de Vida.

Él es tan transparente, mientras habla con tanta fuerza y la claridad que viene del Espíritu.

El hombre lo ve por algunos instantes y, a la vez, parece que no quiere ver nada.

¿Por qué se queda con lo suyo?

¿No sabe sacar fuerzas para enfrentarse consigo mismo?

Creo que no sabe entregar su vida, como Jesús lo desea.

Quizás, no sabe cómo responder, tampoco espera de Jesús.

Es misterioso; si es que vemos por dónde caminar, a la vez, la vida nos lleva y se pone enfrentada con Jesús.

Es tan claro lo que Él nos dice, sin embargo, el hombre aún se queda; entonces, ¿qué pasará con su vida?

Mientras pienso en Jesús y hablo de Él, quiero llevar su paz, su vivencia del amor, lo que Él vive.

Pienso en Él que mira, lee, hace ver y comprender; en Él, que despierta un nuevo modo de ver en medio de la vida.

Y Él, con tan sólo mirarnos, nos hace ver toda la realidad, y presentir nuestro camino.

¿Por qué el hombre no responde ante la claridad, y tan sólo se asusta de su propia dureza, de la pobreza que le toca?

Y Jesús hace verle todo; si le hace comprender las vivencias tristes, siendo misericordioso, casi sin forzarlo, desciende al corazón.

Es casi inimaginable su actitud; es como la del Fuego frente al hielo, como la de la Luz que enceguece.

Él es así; y pensar que el hombre podría no responderle.

Surgen la Luz y el Fuego, tan fuertes; al mismo tiempo, es como si juntasen las oscuridades, como si saliesen las fieras que vienen al encuentro, rondando la vida.

El hombre se queda en medio de un gran escenario; la Luz lo enceguece, y él gime en medio de su realidad que se muestra oscura; hasta tiene miedo más que antes, y su vida le duele más aún; es como si entrase en una tormenta.

El hombre se queda muy confundido.
La Luz lo atrae, es que necesita de ella y del Calor.
Pero vive su profundo abismo; entonces, está en un cruce y casi no sabe hacer el paso.
Es tan difícil juzgarlo, y decir que no quiere hacer un paso; es que más bien no sabe hacerlo.
Y Jesús espera, con paciencia y diría con pena; aún respeta el tiempo del hombre.

En nuestro tiempo, es casi más fácil ver a Jesús grande.
A pesar de las confusiones y de las vivencias oscuras, todos, en algún sentido, tenemos la posibilidad de llegar a Jesús; por distintos caminos, llegamos a Él, lo recibimos desde las manos tan distintas; sin embargo, se marca la división entre aquellos que lo aceptan y los que se niegan, o se ponen en contra; pues se marca un abismo en este mundo oscuro, con el hombre que vive su oscuridad por dentro de su ser.

Se marca una fuerte división entre los que le siguen y los que le dicen que no; en realidad, es la línea que divide el mundo y a los hombres, casi no hay otras divisiones, pues las demás son la continuación de la primera; y parece que los hombres, por el momento, no lo toman en serio.

Jesús es el signo de la contradicción para nuestros tiempos; si en la historia lo fue, hoy se manifiesta más aún, la gran división en el mundo.

Pero también, Él habla del gran juicio, de la separación y de la purificación en medio del mundo humano; es como si sus palabras tomaran un nuevo vuelo en nuestros días.

e. LA PAZ

Lo que más impacta en un verdadero encuentro con Jesús, es

la paz que Él tiene, y la da en abundancia; y la pueden ver aún los ciegos; es que no se puede esconder una Montaña de Paz, ante el mundo y el hombre que la perciben y son como una tierra sin agua, o como un asfixiado sin aire.

No siempre los que reciben paz, saben que es portadora del Señor; y creo que Él está como escondiéndose tras la paz; a lo mejor, perciben la calma que necesitan, se sienten mejor, quizás sin saber por qué; pero ya ven de dónde viene; es que hubo vivencias que atraían a Jesús, y hacían sentirse mejor; y Él fue que entraba en esa hora, pero ni siquiera fue invitado; entonces, ¿por qué no podría venir una vez más?

La paz anticipa lo imprevisible, prepara un clima para una nueva Palabra; si es nueva, es por la paz que contiene; parece que la Palabra vale mucho por la paz; aún lo saben los que hablan en medio de los hermanos.

La paz calma el dolor y, aunque sea por instantes, alguien se queda quieto; es el tiempo para ir abriéndose más aún.

Quien trae paz casi no habla, sino más bien escucha; y nace la palabra que antes no hubiese podido ser expresada, la que sorprende en la hora de la paz.

Cuando hay calma, se abre la flor; y se abre la oscuridad que justamente, en ese clima de quietud está atenta para salir.

El ser humano empieza a identificar la paz con la Presencia del Señor; es un gran paso, pues la vida empieza a iluminarse en medio de la Presencia, y la luz nace desde quien trae paz hacia nuestra vida.

La paz es como un vehículo que nos trae al Señor; y mientras Él entra, las vivencias hallan un nuevo sentido.

Ahora, es la hora para hablar del sentido de la vida que viene del Señor; y la Palabra nace sola, se hace más clara; es que empezamos a comprenderla.

Como toda palabra, ésta también, ungida de paz, llevará su tiempo para afianzarse en nuestra vida.

No es una palabra que tan sólo pasa y se la lleva el viento; ésta sí, se queda como si estuviese hallando su tierra.

El hombre se queda atento, como si quisiese atenderla.

La Palabra se hace presente y el hombre aún la cuida como si cuidase una Semilla; pues, es la Semilla de la Vida.

Las Palabras pronunciadas en medio de la paz, son distintas, iluminadas, plenas del Señor.

No son nuestras, como no es nuestra la paz.

Si la paz anuncia al Señor, las Palabras son sus portadoras, mientras Él llega a los hermanos, y pone la Palabra en sus vidas; y nosotros somos testigos de la Obra del Señor.

Es difícil separar la paz del amor, creo que es imposible.

No sé si se puede hablar de la paz sin el verdadero amor, que nace en la Corriente del Señor; y los dos se alimentan en la Fuente que es única; es que, si la paz tiene que ver con el pensamiento puesto en el Señor, el amor toca al corazón transformado; y el hombre necesita de los dos.

Hablar de la paz y del amor es como tratar del clima para que el alma se exprese desde el Señor; y es dar las condiciones para que la vida se abra de verdad; si aún fue deteriorada durante mucho tiempo, va a hallar sus fuerzas, su luz y su camino; en ese clima Jesús actúa en medio del pueblo que viene al Encuentro.

Toda la Enseñanza está expresada en el clima de la paz y del amor; por lo menos, es la impresión de aquellos que vienen a Jesús; y es lo que percibimos nosotros.

Sin ese clima, es imposible el Evangelio; tampoco es posible comprenderlo y menos aún, asumirlo en la vida.

Pues, el clima de la paz y del amor es indispensable.

Si Jesús nos hace crecer en medio de su clima, aún nos abre para que nos hagamos como recipientes de la paz y del amor, por nuestra vida y por la de los hermanos; en ese clima, las vidas se abren y transforman en medio de Jesús.

Es importante guardar ese deseo tan inspirado; es que sin la paz y sin el amor, las vidas se ponen como inútiles, y no pueden llegar a la altura del Proyecto del Señor.

f. DESCENDIENDO AL CORAZÓN

Toda la obra de Jesús es como ir descendiendo al corazón, al espíritu del hombre que busca la gracia y la salvación; en el clima de la paz y del amor Jesús nos lleva a los cambios, a las reconciliaciones, al descender cada vez más, al espíritu; es que si bien, la vida nace en el interior, se manifiesta en las vivencias que tienen que ver con el conflicto del ser humano; la vida deteriorada se proyecta dispersa y confundida, aún abierta a la realidad que no tienen nada del orden desde sus principios, desde la raíz de la vida depositada por el Señor en la profundidad del espíritu humano.

Cuando Jesús sana de alguna enfermedad, no resuelve todo el problema del ser humano, sino más bien, toca por la piel de la vida; si es cierto que la vida se siente muy impactada, y el movimiento llega hasta el corazón, es apenas el inicio de lo que podría seguir o cortarse en cualquier instante; cuántas veces, la vida recupera la salud física y se queda tan sólo con ella, sin seguir más; y cuántas de ellas, luego de un tiempo, se vuelven a lo que fueron y aún peor, porque no hallan toda la fuerza para sostener lo que habían logrado; y la salud fue como regar por un instante, pues, si la vida se despertaba, aún no tuvo fuerzas para seguir luchando ni para sostenerse; es que por alguna razón, debía ser así, y la vida aún no debía recuperarse del todo; así es su camino en el mundo.

La salud física tiene que ver con el equilibrio que parte del interior del hombre; pues, no es tan sólo consecuencia de los pensamientos sanos ni de los sentimientos puros; tanto unos como otros se sostienen aún más hondamente; así llegamos al espíritu para encontrarnos con nuestro ser, pero más aún con el Señor, el sostén de la vida; allí, hallamos los hilos que nos unen con Él; es el camino que traza Jesús, cuando asumimos su gracia, su Palabra, en el clima de la paz y del amor.

En el clima de la paz y del amor, Él abre la vida; y es como ir llegando a las heridas y el dolor, como codificados cada vez más hondamente.

La apertura del alma, aún más que del cuerpo, nos promueve para ir descendiendo con Jesús, a la oscuridad del espíritu; es el camino que debemos hacer, para poder reencontrarnos en medio de la Presencia del Señor.

¿Cuánto tiempo le lleva a Jesús el descenso al espíritu? Aún, ¿cómo saber cuánto tiempo?, pero el camino es lento y depende de las vivencias; lo cierto es que la vida se anima a descender, mientras Jesús le acompaña con su Palabra que es como la luz que nos lleva, adelantando los pasos. Él nos dice lo que apenas escuchamos; no sabemos por qué nos habla de esta manera, sin embargo, presentimos que lo que nos dice, tiene algún sentido; y es justamente la Palabra dicha para nuestra vida, por la realidad que vivimos, pues Él nos comprende.

El clima de la paz y del amor inunda la vida, y por eso, ella cambia; no sé si es definitivamente, creería que no, es que hay otras etapas que vienen; de todos modos, esa vida se reencuentra y los cambios son grandes; así vivimos en un clima de la primera paz que necesitamos, y aún sentimos el

amor en nosotros; mientras tanto, la vida se ordena en medio de sus impulsos y de las vivencias cada vez más profundas, en medio de los arranques apurados, de ciertas estabilidades; es que Jesús con su fuerza de la paz y del amor, empieza a sanar nuestros modos de pensar y de sentir, tan confundidos.

Cuántos cambios vive el hombre, al verse envuelto en la paz y al amor; y si no son definitivos, luego vendrán otros, aún más profundos.

Cuánto movimiento vive él, hasta que se reconcilie y logre vencer los fracasos y las penas, y aún se vea distinto, feliz, al recorrer por las vivencias; es el proceso que podemos ver, mientras Jesús obra cada vez más hondamente; no es que Él antes no obra, sino es que nuestra vida lo va percibiendo aún más.

Con ese proceso de los cambios, viene la apertura hacia los hermanos, con lo que somos y lo que vivimos; lo que Jesús hace en nuestras vidas, se abre hacia los demás, más allá de nuestras limitaciones.

Frecuentemente, desconocemos nuestra realidad; entonces, queremos dar más de lo que somos y de lo que podemos dar, hasta nos esforzamos desesperados; creo que esta insistencia tiene que ver con un conocimiento muy limitado de nosotros mismos, y del proceso del cambio que experimentamos; nos parece que Jesús ha transformado plenamente nuestra vida y es apenas un inicio; y aún hay tantas vivencias para resolver.

Por mucho tiempo, desconocemos la realidad; no vemos la profundidad del conflicto ni las distorsiones en la mente y en el corazón; aún, no vemos como las mismas nos perturban; más aún, cuando tenemos algún presentimiento de la vida del espíritu, y empezamos a conectarnos con la visión en nuestro interior; en esa situación conflictiva, la vida podría expresar sus vivencias, donde se une lo que nos confunde con lo que

podría ser verdadero; ¿adónde llegamos entonces?

Entiendo que hoy, vemos a tantos seres que quieren ayudar a los demás, aún sin permitirse ver que sus conflictos del alma podrían proyectarse e influir en las vidas de los hermanos y aún, confundirlos en su despertar interior; es lo que ocurre, pero desgraciadamente, no hay muchos que podrían discernir bien esa realidad que es muy compleja; si alguien les dijese a los conflictivos que actúan de tal modo, no lo reconocen y se sienten agredidos; sin embargo, esa realidad también sirve en el camino que recorremos.

Jesús dedica mucho tiempo a la enfermedad del alma, que se proyecta en los pensamientos y sentimientos tristes, con un modo de pensar y sentir oscuro, ansioso, aún trastornado y enfermizo; Él dedicó su tiempo a esta clase de conflictos, a la vez, habló de los espíritus que perturbaban; aún habló de la liberación, para promover un nuevo crecimiento, más puro y libre; el proceso de la gracia precisa mucha comprensión, pero más aún, de la fuerza que nace en un espíritu iluminado.

Lo poco que digo, es para despertar lo que podría nacer en nuestro interior, y tiene que ver con Jesús, con nuestra vida, con una realidad tan compleja, donde la vida está más allá de nuestro modo de ver y sentir, para ir esperando cada vez más, lo que viene de Jesús, en medio de una vida promovida por Él; pues, Él ha abierto el camino de la gracia.

3. ÉSTE ES MI CUERPO, ÉSTA ES MI SANGRE

a. ¿EN QUÉ MOMENTO?

No sé en qué momento de la gracia, Jesús había llevado a sus discípulos al Cenáculo; en fin, como los acontecimientos lo apresuran, aún coinciden con la preparación y el crecimiento de la Hermandad de Jesús.

Como Él habla del amor de un modo muy profundo, y los discípulos lo sienten, se proyecta un clima muy particular; no tan sólo porque Jesús se refiere a la despedida, sino más bien, por tratar de la Vivencia fundada en la unión y el amor.

Los discípulos comienzan a ver más claramente; lo que antes no veían o apenas intuían; ahora, sus mentes están más sanas para ver mejor la misión de Jesús; si es que les falta para que comiencen la misión, están a la altura del Mensaje, de la Palabra; pues, lo que viven interiormente, le permite a Jesús, comunicarse con ellos de corazón a corazón; es que ellos ya comprenden el camino recorrido, mientras les habla de los corazones puros; las mentes ya están renovadas por la gracia y la Presencia de Jesús.

El discurso de Jesús, relatado en el Evangelio de san Juan, tiene que ver con lo que acontece luego de comer su Cuerpo y tomar su Sangre; y la Vivencia de la Mesa les va a poner en otro nivel de la Vida con Jesús.

Se percibe el Alimento que llega a sus vidas; por eso, las mismas se nutren, toman fuerza en su interior, de Jesús que llega tan profundamente.

Jesús desea llegar a lo más profundo del ser humano, más aún, en la vida de sus elegidos; su misión es ir llegando a los espíritus, donde las vidas se van encontrando con Él; viene como partiendo de afuera, para hallarse con el Señor en las

raíces de la Creación, de nuestra existencia; así Él obra.

Cuando habla del tesoro, lo ve en el espíritu del hombre, que lleva la Presencia del Señor; y es Jesús que ayuda a buscarlo. Entonces, ¿de qué clase de encuentros podemos hablar? ¡Qué misterioso es el Señor en nuestra vida! Pues, vivimos en el clima de la gracia que nos supera, como si estuviese inundándonos, siempre por nuestro bien y por la realización plena.

La vida que nos había sido entregada, es la que compartimos con el Señor; pero al llegar a la tierra, parece tan perdida en medio del mundo, casi sin nombre, aún olvidada; ahora, se encuentra con Jesús que abre el sendero en nosotros, para llegar a nuestro espíritu, para vivir el encuentro tan lleno de gozo, de felicidad y de fiesta. El mismo Señor quiere que festejemos de este modo.

¿En qué momento, celebramos la Boda con el Señor, de la cual nos habló Jesús?
¿Cómo comprender y vivir lo que Él dice de las Bodas?
¿No es que, en algún momento de la vida en el mundo, haya un tiempo para ese Encuentro tan íntimo con el Señor?
¿Y si la Mesa está preparada?
¿Si está su Cuerpo y su Sangre para compartirlos?
Entonces, ¿dónde está la Boda anticipada tantas veces?
Creo que los discípulos presienten las coincidencias, entre lo que Jesús enseña de la Boda y lo que viven ahora.

¿Qué es lo que viven ellos?
Hay vivencias muy profundas en sus corazones; se trata de la convivencia con el Señor como jamás la habían vivido; luego de caminar con Jesús y ver lo que habían visto, se quedan en su interior con el Señor tan íntimo en medio de sus vidas; y la Mesa se hace el clima del gran encuentro con el Señor, en

los corazones encontrados.

¿Quién podría describir lo que ellos viven?; sin embargo, el Señor aún quiere ponernos a la altura de la gracia, para poder vivirla.

El encuentro con el Señor en el espíritu, de un modo íntimo, iniciaría una nueva Vida aún más profunda; el Señor entra de un modo muy particular, aún festivo, como jamás lo hemos vivido, después de muchas vivencias.

Lo que vivencian los discípulos hasta el Cenáculo, es como un noviazgo, mientras nacen los encuentros con Jesús; luego, viene la convivencia y el Señor descansa en nuestro espíritu, que le pertenece.

¿En qué momento de la vida podemos presentir esa vivencia tan profunda?; ¿es posible que el hombre lo viva?

¿Por dónde Jesús nos lleva, preparándonos y recorriendo el camino con nosotros, hasta que logremos lo que Él espera de las vidas?; pues, si bien, las mismas están unidas al Señor, la vivencia de su Presencia en el espíritu, puede lograr ser más fuerte que otras convivencias con el mundo y los hombres; entonces, se proyecta la Vida de un nuevo modo.

Hay tantos modos que conducen a las Vivencia con el Señor, aún empleados por Jesús en todo el tiempo; cada vivencia genera un clima para la que viene, aún más profunda y más madura, en el camino casi sin fin, creciendo, adentrándonos al espíritu, en el camino por donde Jesús nos lleva.

Se ve muy claro el Proyecto de la renovación del mundo y de la humanidad, partiendo de la Presencia del Señor cada vez más profunda, aún afianzada en las vidas; es el Proyecto que supera los pensamientos del mundo.

En realidad, la Obra de Jesús consiste en que el Señor vaya penetrando las vidas; de este modo, las transforma dándoles

una Nueva Vivencia; pues, la Vida se renueva en Él.

b. LAS PALABRAS DEL ESPÍRITU

La Palabra que pronuncia Jesús tiene la fuerza del Espíritu; si cada palabra lleva vida consigo misma, en el sentido como ya está dicha, con más razón, la contiene la Palabra de Jesús; entonces, ¿cómo comprendemos “éste es mi Cuerpo y éste es el Cáliz de mi Sangre”?

Humanamente, se nos hace muy difícil asumirlo; estamos en medio de la gracia que nos supera y una vez más, debemos renunciar a nuestro modo de pensar.

Jesús iba preparando a sus discípulos para que comprobasen la fuerza de la Vida por medio de la Palabra; ellos podían ver cómo Él se expresaba, cómo llegaba a la realidad; y cómo su Espíritu, unido a la Palabra, se expresaba plenamente.

Se daban cuenta de que Él no hablaba sólo por hablar, sino que su Palabra tenía un profundo sentido; se quedaban cada vez más sorprendidos, a la vez, veían que la Palabra se hacía Carne, pues Él pronunciaba lo que se realizaba.

Con el tiempo, veían como si su Palabra aún creciese; es la impresión que podrían tener, por la apertura de sus corazones que iban percibiendo cada vez más; así llegan al Cenáculo; entonces, cuando escuchan a Jesús, ya no sólo se abren las mentes, sino que más bien, lo viven en sus espíritus.

¿Qué impresión podría causar la Palabra pronunciada aquí, justamente: “éste es mi Cuerpo”?

En la medida en que recibimos de Jesús, su modo de hablar se graba más aún, en el interior; y su Palabra plena de paz, de amor, de luz, transforma las vidas; y si lo vamos percibiendo cada vez más, la misma vida nos enseña el poder de su Palabra.

Y pensar que la Palabra nos llega por medio de los hombres,
con sus limitaciones que tienen.

Él pronuncia la Palabra de felicidad y mi corazón comienza a sentirla; si es que no puede recibirla del todo, por lo menos desea soñarla, cuando se abren los caminos y espacios para poder llegar a mi interior.

Él habla del corazón puro y mi corazón ya comienza a ver al Señor; habla de la Vida y mi vida empieza a implantarse en la tierra del Señor.

Habla de la paz para llevarla a todo el mundo, y mi corazón se ve como el recipiente del Señor; es que llega su Palabra con la fuerza que se despierta.

Pero mi vida es como si estuviese frenando el gran poder que llega de la Palabra, mientras Jesús sigue soltándome.

Cuando se cortan los lazos, la Palabra llega como un diluvio o una inundación, y mi interior se abre para el Señor.

Dice Jesús que habría que amar a los enemigos; entonces, presiento como un terremoto.

Y que habría que vivir como los pájaros y lirios; entonces, mi vida se estremece por lo que comienza a soñar.

Habla de las fuerzas del mal que penetran mi alma y Él, con su Palabra enfrenta las fuerzas oscuras; mi vida siente como si se cortasen los lazos, como si saliese un humo oscuro; ya no me veo tan ahogado ni tan atado.

Su Palabra toca hondamente a mi espíritu; me doy cuenta de mi realidad que es tan oscura.

Una vez dijo: "yo soy la Resurrección y la Vida".

Fue un momento fuerte; su Palabra fue como la Roca.

Él se detuvo frente a mí, fijándose profundamente.

Entonces, comencé a sentir más aún, su poder en mi espíritu, y a soñar hacia dónde podría llevarme; presentí su poder más

que nunca, y qué importante fue Él, para mi vida.

Y me di cuenta de cuánta oscuridad y muerte había en mi espíritu, y cómo lo necesitaba a Jesús.

Vi que la realidad me llevaba al encuentro con Él, aún más profundo, que Él me iniciaba para las vivencias más grandes aún; pero Él ya no estaba frente a mí, sino en medio de mi oscuridad y mi muerte.

Ahora, me sorprende una vez más, con su gesto y su Palabra: "éste es mi Cuerpo".

Me iba preparando para este acontecimiento, sin embargo, me sorprende, pues nos es tan sólo escuchar lo que me dijo antes, de modo anticipado, sino que es vivir la fuerza de la Palabra, donde la misma se hace el Cuerpo.

Lo presiento en mí, y mi corazón tiembla.

c. EL MENSAJE

El Mensaje de Jesús en el Cenáculo, aún tiene que ver con la Cena y con compartir su Cuerpo y su Sangre; es la vivencia que supera las vivencias anteriores, lo de antes es como una preparación; si es que su obra es muy grande en la vida de sus discípulos, ahora viven algo incomparable.

Hay que hablar lo menos posible de esa clase de vivencias, más bien, contemplarlas; y aún, Jesús desea alimentar la Vida de ese modo.

Al lograr ver a Jesús, el Alimento de la Vida, con nuestros ojos, con la visión del espíritu, Jesús nos hace entrar en una nueva dimensión de la Vida, y siempre busca lo nuevo, cada vez más grande.

Los discípulos vivencian una unión incomparable, tanto si se trata del vínculo con Jesús, como de los lazos entre ellos; pues unidos en Él, serán germen de la Vida para el mundo,

alimentándose con su Cuerpo y su Sangre.

Es una vivencia que toma la fuerza y el vuelo en medio de la historia del mundo; pero debe ir alimentándose en la primera Fuente, en Jesús tan entregado.

¿Por qué a los cristianos les cuesta guardar esa pureza y esa Vida que parte del Cenáculo?; es que todavía no han hecho el camino que lleva allí; por eso, aún no pueden llegar a la altura de la Vivencia.

La Vivencia del Cenáculo debe ser guardada como la buena sal que no pierde sabor; al contrario, penetra el mundo, llega a todas sus partes; pero necesita que hagamos el camino al Cenáculo, con todo lo que Jesús hace con sus discípulos, con esta vivencia que Él entrega cada vez más hondamente, la de su Espíritu.

La Vivencia del Cuerpo y de la Sangre de Jesús abarca a Jesús plenamente, con su Poder y con su Vida; llega la hora para que los discípulos puedan asumirlo y, en algún sentido, asimilarlo en sus vidas que vivencian los cambios; pues lo de antes, es como una preparación para el Encuentro y para la Vivencia; y ahora, Jesús aún entra en sus vidas para seguir transformándolas en medio de su Vida y su Presencia.

¿Y qué se podría decir más?; es que todo es comprensible en medio de la Gran Vivencia; y si no la hay, no hay palabras o son vacías, que apenas intentan e insinúan alguna vivencia; la Gran Vivencia del Cuerpo y de la Sangre aún compartida en la Cena, no es para discutirla; los que la viven, hablan sin palabras, ni siquiera las necesitan; pues, es la Vivencia que se vale por sí misma.

Ahora, Jesús vuelve a la Palabra, pero será un nuevo modo de hablar; en todo el tiempo de la Enseñanza fue, como si su Palabra estuviese creciendo ante sus discípulos; ellos veían

cada vez más, la Vida y el Poder, en medio de la Palabra; ahora, Jesús casi no introduce nada que fuese nuevo; y va a hablar de lo que había dicho, pero todo será nuevo y grande, porque los espíritus de los discípulos ya entran en una nueva frecuencia; ellos ya están en medio de una nueva Vivencia.

La Reflexión de Jesús va a nacer del camino recorrido, ante la Misión que está por llegar; es la Reflexión que asume el tiempo que han vivido juntos; todo ha sido tan misterioso, casi parecería un fracaso frente al Pueblo; y aún quedan los enfrentamientos, y el traidor está a la Mesa; entonces, su modo de hablar tiene más fuerza aún; en realidad, es como su Testamento; aquí, todas las Palabras tienen su importancia para siempre.

Los discípulos ya están en una nueva dimensión para seguir escuchando a Jesús; hay un clima nuevo que ayuda a vibrar a cada Palabra, para despertar las Vivencias poco entendibles hasta ahora; todo es distinto y Jesús llega como jamás ha llegado, en sus vidas.

Es la Obra de la Palabra que crea a los nuevos Seres, pues en realidad, con la sola Palabra se abren sus Vidas a la Misión.

¿Qué es abrir las Vidas en el espíritu?

Es dejar que la Vida fluya desde la profundidad del Señor en nuestro interior; esa Vida debe vencer todo, en el camino, sin embargo, está trazada una apertura; y la Palabra ya es como el Volcán que nace en las entrañas de la tierra y de la Vida; más allá del enfrentamiento que es fuerte, se abre la Vida; y si el espíritu está transformado por Jesús, con cuánta fuerza se expresa.

En todo el tiempo, Jesús habla de la libertad del espíritu, y busca modos y tiempos para realizarlo; parece que las vidas se iban preparando para abrirse definitivamente.

Hay tiempos, cuando la Vida ya presiente cierta libertad; no obstante, hasta que logre abrirse, sufre muchas luchas y lleva mucho esfuerzo; en fin, la abre Jesús, con su Palabra, luego de alimentarla con su propia Vida y su propio Cuerpo.

d. NUEVAMENTE LA SEMILLA

Hay una parte muy importante que dedica Jesús al Espíritu que está por llegar, a quien van a recibir los discípulos; a ese anuncio lo continúa después de la Resurrección.

La Palabra de Jesús despierta para la Venida del Espíritu que es indispensable para asegurar la Misión.

Y habla de la Semilla que está por caer, para reencontrarse con la tierra que le sirve aún, para un nuevo crecimiento muy grande; ¿y cómo comprender la Palabra en el contexto de la Vidas de sus discípulos, al tener en cuenta lo que habían pasado?; ¿cómo ver sus Vidas en medio de la Gracia?

Hablamos de la Semilla que se inicia en la tierra; vemos los cambios que llevan su tiempo, aún enfrentan adversidades, porque la Vida entra en la lucha y crece.

Entonces, ¿cómo comprender ese tiempo en la Vida de los discípulos?; parece que el trasplante les hace sufrir y llorar; parece que sus Vidas inician un nuevo crecimiento.

¿Y la oscuridad que enfrentan?; ¿no es la oscuridad de la tierra donde ellos están, donde nacen?

A veces sufro, al recorrer con cierto apuro el tiempo entre el Cenáculo y la Cruz, la Resurrección y la Venida del Espíritu, porque los acontecimientos están tan cerca que casi se unen, en tan poco tiempo; es como si los discípulos no hubiesen tenido tiempo para crecer ni para vivir las transformaciones, que se les vienen; creo que los cambios, que les tocan luego del Cenáculo, son más fuertes de aquellos que vivenciaron

anteriormente; no obstante, el tiempo que queda atrás, fue prolongado y ahora las vivencias llegan muy apuradas, como cayéndose de repente.

¿Cómo vivían esos acontecimientos?

¿Qué clase de las transformaciones percibían ellos, aún en un tiempo tan oscuro, pero importante para la Vida?

Pues ahora, sus Vidas llegan a ser Semillas, y les espera la oscuridad antes de salir a la luz; y el camino es irreversible; entonces, ¿cómo viven ese tiempo, y cómo comprenderlo?

Estamos acostumbrados a hablar de lo que acontece después del Cenáculo, aún como de un tiempo oscuro en la Vida de los discípulos; todo ocurre luego de las Vivencias tan fuertes y de la Palabra clara; a la vez, juzgamos a los discípulos, con sus abandonos y distancias.

¿Cómo entendemos ese tiempo?; pues, si Jesús les reprocha, es porque no lo comprendían ni le creían; de otras cosas casi no les habla.

¿Cómo vemos el tiempo del Señor?

La Semilla que inicia la Vida, está casi abandonada y tirada en la oscuridad.

¿Y la vida cuando nace?, se queda al costado de su madre, entre un frío nuevo que la molesta.

¿Y la vida trasplantada?; ¿cómo sufre!

Son tan sólo las imágenes de los cambios tan importantes para el crecimiento, que son necesarios.

¿Cómo comprendemos el tiempo de los discípulos?

Luego vuelven a encontrarse con Jesús Resucitado; y sería el tiempo de la nueva Vivencia aún más grande, como cuando se encuentran las Vidas, después de brotar, de cruzar la piel de la tierra, cuando aún están levantadas y se miran, con sus raíces firmes que llevan a un crecimiento aún más espacioso

y más seguro; el nuevo encuentro con Jesús ya tiene su valor, si las Vidas pasan por la tierra, superan la oscuridad y crecen.

El tiempo oscuro viene, luego de las grandes Vivencias; es cuando la Vida se afianza en Jesús y Él, aún la transforma, al darle el Germen de su Vida.

Parece más oscuro que antes del primer encuentro con Jesús, porque Él toca la oscuridad más profunda que se abre ante la Vida, recién ahora; hay un proceso, un ritmo en la obra del Señor.

La Vida debe enfrentarse con la oscuridad más profunda, aún presente en el espíritu, y vencer la lucha en su interior; es como si el espíritu casi muerto, necesitase recuperar su Vida, esta vez, definitivamente.

Creo que esa Vivencia tiene que ver con la Resurrección de Jesús en nuestra Vida, que se abre para el Espíritu y para la Misión, recién ahora.

Entonces, ¿cómo entendemos la Vida en el gran Proyecto del Señor?

Prefacio	3
1. La Palabra se ha hecho carne	5
a. su entrada profunda	5
b. hablando en el desierto	7
c. hacia el corazón	9
d. llega y transforma	11
2. La Buena Nueva	15
a. recorre los pueblos	15
b. habla desde el Padre	16
c. la transformación	19
d. su Vida	20
e. la paz	23
f. descendiendo al corazón	26
3. Este es mi Cuerpo, ésta es mi Sangre	31
a. ¿en qué momento?	31
b. las Palabras del Espíritu	34
c. el Mensaje	36
d. nuevamente la Semilla	39

